

Olid, y que de su apellido y la última sílaba de su nombre, se le dió el que tiene. De esta opinion ha sido Gil Gonzalez de Avila, de donde sin duda le tomaron el padre Murillo y algunos otros modernos á quienes favorece Bernal Diaz del Castillo, autor poco exacto en este género de noticias. No sabemos que tenga mas fundamento esta opinion, que la analogía del nombre, y saberse por otra parte que Hernando Cortés, mandó á Cristóbal de Olid á Michoacán con cien infantes y cuarenta caballos; pero estos, no se establecieron sino en Sinsonza, y de allí pasaron algunos á Colima á descubrir y pacificar la Costa. Parece lo mas cierto, que la ciudad de Valladolid la fundó D. Antonio de Mendoza, primer virey de Nueva-España. Con ocasion de ir á pacificar los rebeldes de Suchipila, jurisdiccion de la Nueva Galicia, se dice haber pasado por aquel pais, cuya hermosa vista le encantó. Determinado á fundar en aquella rasa y fértil campiña una ciudad, que fuese algun dia la capital de la provincia, hizo en nombre del rey merced de tierras á los que quisiesen poblar en aquel sitio. Otros piensan haber sido con el motivo de una caza. En efecto, sabemos cuanta era la aficion de este Señor á este noble ejercicio, y que de la que hizo uso de los antiguos mexicanos en las vecindades de S. Juan del Rio, dura aun fresca la fama en el llano hermoso que conserva hasta hoy el nombre del *Cazadero*. Sea de esto lo que fuere, la ciudad está como á sesenta leguas al Oeste de México. La abundancia del pais, género y religion de sus antiguos habitantes, es muy semejante á la de Pátzcuaro, de quien ya hemos hablado. Le dan sus naturales el nombre de *Guayangaréo*. Herrera la pone en 19 grados 10 minutos de latitud boreal; los mas modernos en 20. El primer convento que tuvo fué el de S. Francisco, fundado por Fr. Antonio de Lisboa. Sobrevino la religion de S. Agustin, que allí tiene un magnífico convento, cabecera de una religiosísima provincia. Los Carmelitas se establecieron por los años de 1593, en tiempo del Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Guerra, que fundó tambien el monasterio de Sta. Catarina, sujeto al ordinario. Algunos años despues, los de Ntra. Sra. de la Merced y la hospitalidad de S. Juan de Dios. Villaseñor le da en el dia á Valladolid como veinticinco mil almas entre españoles, mestizos y mulatos. Indios hay pocos, y hubo aun menos en sus principios. El maestro Gil Gonzalez, dice que D. Antonio de Morales, primero de este nombre, trasladó la Iglesia Catedral de Pátzcuaro á Valladolid. No podemos dejar de sentir la flaqueza de su memoria, cuando en el párrafo

siguiente, hablando de D. Fr. Juan de Medina, sucesor del Sr. Morales, dice: este prelado trasladó la Iglesia Catedral de donde estaba á donde está. Fácilmente podriamos escusar y querriamos este paracrónismo, entendiendo lo primero de la intencion eficaz de aquel Sr. obispo, y de las bulas y cédulas que se obtuvieron en su tiempo; pero son tantos los descuidos que se notan, semejantes en este autor, que no podemos entrar en el empeño de defenderlo. Del Sr. D. Vasco de Quiroga, dice que fundó en Valladolid el colegio de la Compañía de Jesus. Aun cuando en tiempo de aquel Illmo. hubiera tenido Valladolid alguna forma de ciudad, es cierto que segun el mismo autor, la Compañía no vino á las Indias sino despues de algunos años de muerto el venerable D. Vasco, que en el verdadero cómputo son siete, aunque en el suyo son cinco, porque falsamente hizo venir á los jesuitas el año de 1570 en 23 de junio. Esto hemos notado de paso para que nadie quiera juzgar de nuestra cronología por la del maestro Gil Gonzalez. Laet en su descripcion de la América, dice haberse ejecutado esta traslacion el año de 1544. Este diligente flamenco confundió vergonzosamente la primera traslacion de Tzinzunza á Pátzcuaro, que fué efectivamente ese año, con la de Pátzcuaro á Valladolid. Bernal Diaz del Castillo y el padre Basalenque, en la historia de su provincia, la afijan el año de 80, contando desde aquel tiempo en que acabó de trasladarse toda la ciudad, aunque se habia resuelto en cabildo y comenzado á poner en ejecucion desde fines del de 1578.

Trasladada la Catedral, era indispensable trasladarse el colegio Seminario de S. Nicolas, de que era patrono el cabildo, y de cuya direccion, tanto por condescender con los antiguos deseos del Sr. D. Vasco, como en fuerza de cláusula de fundacion de nuestro colegio, se habia encargado la Compañía, en cuya consecuencia debian pasar tambien á Valladolid los maestros de escuela y de gramática. El padre provincial Pedro Sanchez, persuadido á que todos los españoles de Pátzcuaro, y aun la mayor parte de los indios, se procurarian establecimientos en la nueva ciudad, habia determinado que se trasladase allá tambien el colegio. El amor de los paisanos á aquel su antiguo sitio, y el que igualmente profesaban á los padres, no dejó poner en ejecucion estas prudentes medidas. Cuando vieron comenzar á despojar las Iglesias de todos sus adornos, que las alhajas á que ellos habian contribuido con su trabajo y sus limosnas, que las estátuas y pinturas á que se tenia mayor devocion, eran puestas en carros para conducir las á la nueva ciudad, al

Inquietud de los naturales con esta ocasion, que sosiegan los jesuitas.

8.0.7

principio un triste silencio, despues las lágrimas que corrian por quasi todos los semblantes, manifestaron bien las disposiciones del pueblo, que se hacia aun violencia para contenerse en los límites de un modesto dolor. Pero viendo deshacer los altares y transportar las reliquias, que con tanto costo y solicitud habia alcanzado de Roma el Sr. D. Vasco, y de que habia procurado hacerles concebir la mayor estimación y confianza, no guardaron medidas. Prorrumpieron en sollozos, que degeneraron breve en un tristísimo alarido. De la Iglesia pasó á las calles vecinas, y muy luego á toda la ciudad. De todas partes acudian á millares; unos cercaban la Iglesia, otros los carrros ya cargados. Cada uno suspiraba por el santo de su mayor devoción, cuyo nombre repetian con voces lastimosas, y entre la multitud se oia sonar con un tiernísimo afecto que aumentaba la aflicción el nombre de D. Vasco, *del obispo santo, del padre de los tarascos, del fundador de Pátzcuaro*. Seguramente entregada la ciudad al pillage de una nacion enemiga, no se habria visto en mayor consternacion. Procuraban algunos consolar al pueblo con muy bellas razones; pero eran inútiles todos los esfuerzos, mientras veian crecer á cada instante los motivos de su congoja. Intentaron descolgar una hermosa campana que habia mandado fundir y consagrado con grande solemnidad y aplauso de toda la multitud el Sr. D. Vasco de Quiroga. Era esta el único consuelo y recurso en las tempestades de truenos y rayos, de que habia sido antiguamente muy molestado el pais. A este espectáculo, mudaron de semblante las cosas. De un pesar agravado, se pasa muy fácilmente al furor y á la cólera. Los indios corrieron prontamente á sus casas, se armaron de sus arcos y flechas, y volvieron en tropas á la defensa de la torre. Los españoles interpretando aquel movimiento, no tanto, como gra en realidad, por una piedad imprudente, cuanto por un principio de rebelion que habia hallado ocasion de prorrumpir con este bello pretexto, se armaban ya, se nombraban oficiales, y se procuraban poner en estado de defensa. Pareció bien en esta ocasion todo el ascendiente que tenian los jesuitas sobre aquel gran pueblo. Persuadieron fácilmente á los españoles que aquella no era sedicion contra el soberano, ni era justo alumbrarles con la misma precaucion y desconfianza un delito de que ellos no habian dado hasta entónces el menor indicio á los indios: que la intencion de S. Illma. no era privarlos de aquel consuelo: que se habian tomado aquellas providencias en la persuacion de que ellos vendrian gustosos en mudarse á Valladolid, donde se les prome-

tian tierras mas fértiles, y temperamento mas sano: que si despues de todo querian permanecer en Pátzcuaro, no se les molestaria mas en el asunto, ni se les daria mas motivo de inquietud. Con estas palabras cesó por entónces aquel tumulto, que sin duda hubiera tenido funestas consecuencias, y revivido despues con mayor fuerza si no se hubiera tomado la providencia de dejar allí la campana.

Con el ruido de las armas no cesó enteramente la causa que traia tan affligido al pueblo. Supieron la determinación del padre provincial, y como se pretendia pasar nuestro colegio. Luego corrió allá toda la muchedumbre. Cercaban la casa desde afuera con grandes alaridos. Los que entraban dentro se arrojaban á los pies de los padres, preguntándoles con lágrimas si querian tambien desampararlos. Tuvieron por respuesta, que esa determinacion se habia tomado en suposición de que todo el vecindario, ó la mayor parte de él se mudase; pero que si ellos no estaban en ese ánimo, no les faltaria el colegio, aunque hubiesen de sacrificarse los padres á mendigar entre ellos el sustento. Quedaron llenos de consuelo, y colmando de bendiciones á todos los sugetos de aquella casa. Solo restaba una grave dificultad. Se habia dado, como dijimos, para Iglesia nuestra la antigua Catedral, en que yace el venerable cadáver del Sr. D. Vasco. Habíase éste entregado á los nuestros como en precioso depósito, que deberian restituir sin embarazo siempre que se verificase la traslacion de la silla episcopal. Cumplida ya la condición, reconvinieron á los padres para la entrega, á que no sin grave pesar, se mostraron prontos, aunque previendo bien que seria difícil ejecutarlo sin una extraña conmocion de todo el pueblo. Efectivamente, este era el golpe mas doloroso para los indios. Luego que lo supieron se renovó el llanto, y aun la indignacion. Volvieron á las armas y tuvieron algunos dias acordonada la Iglesia y el colegio, mudándose toda la noche las centinelas. Cuando ya pareció estar mas descuidados, vino una de las dignidades del cabildo para que ocultamente se estrajese el cuerpo. No se ocultó este ardid á la vigilancia y celo de los tarascos. Volvieron á cercar toda la cuadra y para que jamas pudiese moverse el sepulcro sin noticia suya, cortaron una loza de enorme peso y magnitud, y lo sellaron con ella á su satisfaccion. El cabildo se vió obligado con dolor á sobreseer en el asunto. Los indios triunfaron, quedándose con el cadáver de su amado padre, á que les parecia estar vinculada toda la felicidad de su pais, y los jesuitas tuvieron, y tienen aun hoy el consuelo de que esté sepultado

entre ellos un prelado tan santo y que profesó siempre un tan sincero amor á la Compañía. Por lo que mira al colegio, no se movió alguno de los sugetos. Esta atencion pareció necesaria á la confianza y amor que habian mostrado aquellas buenas gentes. El padre provincial vió muy bien la incertidumbre y la incomodidad á que iba á esponer á los suyos, que se enviaban á Valladolid. Esta ciudad comenzaba cuasi á fundarse entónces. El Sr. obispo y su cabildo, aunque tan favorecedores de la Compañía, se veian empeñados en el edificio de la nueva Catedral y de sus respectivas habitaciones, como los demas republicanos.

Principios del colegio de Valladolid.

Sin embargo, por no faltar á lo que se habia convenido con un cuerpo tan respetable, se enviaron allá dos sugetos de grande religiosidad, que fueron los padres Juan Sanchez y Pedro Gutierrez. El primero por superior de aquella residencia, y el segundo de maestro de gramática, á que se añadió poco despues un hermano coadjutor para la escuela. El regimiento de la ciudad habia prometido al padre provincial que poco ántes habia venido de la visita del colegio de Pátzcuaro, ayudar con lo que pudieran al acomodo de los nuestros. Hospedáronse estos en una casa muy antigua y ruinosas que los demás habian despreciado. El padre Juan Sanchez, hombre industrioso y perito en la arquitectura y matemáticas, la aseguró lo mejor que pudo. De un establo y otra pieza que se le añadió reformó una pequeña iglesia, tanto mas devota cuanto mas semejante á la primera habitacion que tuvo el hijo de Dios sobre la tierra. Dos de los regidores se encargaron de juntar entre los vecinos alguna limosna para el colegio. Estos eran tan pocos, que apenas llegaban á cuarenta, y todos pobres; sin embargo, se dieron á esta piadosa fábrica algunas deudas, aunque pocas de ellas se cobraron. A los ocho dias trajeron los diputados á casa las escrituras y entregaron al padre superior diez pesos y tres reales en plata. Por la corteidad de este donativo será fácil conocer las necesidades que pasarian los fundadores de Valladolid en los primeros meses. El Sr. obispo entre las muchas y gruesas limosnas que hacia á toda la ciudad, no se olvidó de los jesuitas, pero mas que todos se esmeraron en procurarles todo alivio las dos religiones de S. Francisco y S. Agustin. Los dos esclarecidos conventos, de concierto, entre sí quisieron tomarse la obligacion muy propia de su caridad, de enviar cada semana al colegio lo necesario de pan y carne, y tal vez algunas cosas pertenecientes al servicio de la iglesia. Piadosísimo ejercicio en que constantemente

perseveraron todo el tiempo que aquella casa destituida de fondos no podia sostenerse por sí misma, que dura aún y durará siempre en la memoria y agradecimiento de aquel colegio y de toda la provincia. Tales fueron los principios de esta fundacion, fecundos en abatimientos y en pobreza, que llevaban aquellos primeros jesuitas con una alegría y prontitud de ánimo muy propia de su instituto apostólico y poderosa para conciliarse el afecto y veneracion de toda la ciudad. Hombrres, que abandonándose enteramente al cuidado de la Providencia, solo procuraban el alivio y la salud de sus hermanos. Como si no tuvieran cuerpos que sustentar y que vestir, se les veia del todo agenos de aquellas congojas que tenian embargada la ciudad, recogidos dentro de casa entregados á la educacion de la juventud y á sus religiosas distribuciones. No parecian en las calles sino predicando los dias de fiesta, ó con la campanilla en la mano juntando á los niños y gente ruda para la esplicacion de la doctrina.

Cuasi al mismo tiempo que sobre estos cimientos se fundaba el colegio de Valladolid, el padre Hernando Suarez de la Concha corria en fervorosas misiones el territorio de la Puebla. En todas partes hallaba mucho en qué emplearse su celo infatigable. En los pocos años que llevaba de América habia caminado ya en este apostólico ejercicio todo el arzobispado de México y obispado de la Puebla; dos ó mas veces habia corrido el de Michoacán, otras tantas la Nueva-Galicia, y una gran parte de la Nueva-Vizcaya. De los cuatro colegios que hasta entónces contaba la provincia, dos puede decirse con verdad, se debian al buen olor de edificacion que este grande hombre habia dejado de la Compañía en sus escursiones apostólicas. Presto lo veremos echar los fundamentos de otro mas ilustre en la ciudad de los Angeles. Ocupábase el padre en hacer mision en la villa de Carrion ó de Atlixco, á pocas leguas de Puebla, cuando recibió orden de pasar allí á predicar la cuaresma. No era esta la primera ocasion que habia hecho cruda guerra á los vicios en aquel mismo campo. En la ocasion presente pareció haberse excedido mucho á sí mismo en la fuerza y energia de su elocuencia, y haberse multiplicado el trabajo. No parecia posible que un hombre solo pudiese predicar con tanta frecuencia y tanto ardor, entregarse tan de espacio y con tanta tranquilidad al consuelo de los penitentes, responder tantas consultas, y componer tantos litigantes, que con una entera eficacia se comprometian en su persona. Una caridad tan officiosa y tan enteramente consagrada sin al-

Mision del padre Concha á la Puebla, y principios de aquel colegio.

gun interes personal á la utilidad pública, convirtió así los ojos de toda la ciudad. Comenzóse á tratar con ardor de la fundacion de un colegio; no eran nuevos estos deseos en aquella ilustre república. Desde que pasaron por allí los primeros jesuitas en su viage á México habia pretendido detenerlos. Dijimós como el Dr. D. Alonso Gutierrez Pacheco, primer comisario del Santo Oficio y segundo arcediano de aquella Santa Iglesia, los habia sacado del meson y obsequiádolos en su casa. Este ilustre prebendado no olvidó jamas la palabra que le dió entónces el padre Pedro Sanchez, y habia procurado fomentar en su cabildo los mismos deseos. El Illmo. Sr. D. Antonio Ruiz Morales, quinto obispo de aquella ciudad, que habia quedado muy edificado de las religiosas virtudes del padre Juan Curiel en Michoacán, y de los otros padres que habia tratado en México, contribuyó no poco á hacerles formar un alto concepto de nuestro instituto, como que de cuya observancia acababan de ver una prueba bien sensible en el deseo de aquella mision y de otra antecedente. Este señor habia muerto un año ántes, y gobernaba el cabildo Sede vacante, en el cual D. Alonso Pacheco tenia una grande autoridad y estimacion, aun mas que por su dignidad, por su gran virtud y literatura, que le merecieron algunos años despues el honor de ser diputado á Roma, para impetrar del Sumo Pontífice Paulo V la confirmacion del concilio mexicano. No le fué difícil persuadir á los demás miembros del cabildo y á la ciudad, un asunto á que por sí mismos estaban ya bastantemente inclinados. Trataron de acuerdo con el padre Concha, y este pasó la noticia al padre provincial, que admitió gustosamente la propuesta. El arcediano, ya que algunas justas obligaciones no le daban lugar á hacernos, como habia deseado, donacion de la casa en que habia hospedado á los misioneros, hizo por lo menos toda la caridad que pudo rebajando mucho de su valor, y vendiéndola á la Compañía en solos nueve mil pesos, á pagar en diversos plazos. Estaban las casas en el sitio mejor de la ciudad, á una cuadra de la Catedral, plaza mayor y casas de cabildo, justamente en aquel mismo lugar en que hoy está el colegio. Para dar asiento fijo á la fundacion, pasó á la Puebla el padre Pedro Sanchez con el padre Diego Lopez de Mesa, á quien dejó por superior de aquella casa, de que se tomó jurídica posesion el dia 9 de mayo de 1578.

Colocacion
de las santas
reliquias.

Dejamos disponiéndose en el colegio máximo la solemne colocacion de las santas reliquias. El Exmo. Sr. virey, los cabildos eclesiástico

y secular, los colegios, los republicanos, y las señoras mismas, quisieron tomar mucha parte en la dedicacion y hacer alarde no tanto de su riqueza, como de su piedad, y lo que acaso pudiera hacerse increíble, de la grande aceptacion y general aplauso que en tan pocos años se ha grangeado la Compañía. De la relacion de estas fiestas, sacó á luz un tomo el padre Pedro Morales; pero por ser hoy muy esquisito este libro y tener aquí su propio lugar, daremos una idea general, dejando aquellas particularidades que están bien en una circunstanciada relacion, y no tienen lugar decente en una historia. Mandarónse imprimir unos breves sumarios de todas las reliquias, de las muchas indulgencias que la Santidad de Gregorio XIII concedia para el dia de su colocacion, que se señalaba el 1.º del próximo noviembre, y de otras que habia añadido de su parte el Sr. arzobispo. Con esto se convidaron las cabezas eclesiásticas y seculares, y las personas mas distinguidas de esta ciudad. Y pareciéndoles á los diputados poco concurso el de todo México, despacharon fuera de él muchas copias á todas las ciudades y lugares del reino, con una relacion del grande aparato que se prevenia. La devocion ó la curiosidad fué tanta, que de muy lejos se vieron correr en tropas á la capital, y se notó, no sin admiracion, que ó fuese en fuerza del convite, ó lo que parece más verosímil, por una rara y misteriosa contingencia, que de todas las catedrales del reino se hallaron para el dia 1.º de noviembre algunos capitulares que la Iglesia metropolitana, como si fuera de su mismo gremio, abrazó y honró cuanto fué posible con los mas distinguidos puestos. La ciudad y ayuntamiento publicó un cartel literario con siete certámenes, señalando ricos premios y jueces que reconociesen el mérito de las piezas y los adjudicasen á las que debian ser coronadas. Este cartel, con el noble acompañamiento de los diputados y algunos otros caballeros, de muchos colegiales de los seminarios, y otros de los mas principales de nuestros estudios, con ricos vestidos y jaeces, al son de trompetas y clarines, se paseó por las calles. Llegando la vistosa caravana á las casas de cabildo, un heraldo lo leyó en alta voz desde el balcon, y allí mismo, en un docél de damasco carmesí con franjas de oro, estuvo puesto algunos dias. Se dispusieron diez y nueve relicarios, cuyo adorno fué de cuenta de las mas nobles señoras, que con una piadosa porfía procuraron excederse unas á otras, no menos en la disposicion y simetría, que en el número y preciosidad de las joyas. El Sr. virey mandó venir los caciques de los pueblos comarcanos con sus respec-

B 47
Fod

tivas insignias y música. Trajeron consigo los santos patronos de sus pueblos, y tuvieron á su cargo asear las calles y alfombrarlas de yerbas y flores que aun por noviembre no faltan en la América. Hizo, fuera de esto, S. E. visita de las dos cárceles públicas de la ciudad, y en atencion á la solemnidad del dia, dió libertad á muchos presos, cuyas causas lo permitian, ofreciéndose S. E. y los reales ministros que lo acompañaban, con grande ejemplo de liberalidad y caridad cristiana, á pagar las deudas que muchos de aquellos infelices eran el único delito que los habia conducido á aquel lugar. Accion que enseñó á toda la república, que aquel exterior magnífico no podia ser agradable á los sartos, si no le añadian los interiores afectos de piedad, y la práctica de las virtudes cristianas de que ellos nos dejaron tan heroicos ejemplos. Las santas reliquias se condujeron ocultamente de nuestra iglesia á la catedral, de donde debia salir la procesion. Desde aquí hasta nuestro colegio se levantaron cinco arcos triunfales, el que menos de cincuenta piés de alto, todos de muy bella arquitectura de diversos órdenes, con varias pinturas ó propias ó simbólicas, y sus compartimientos para las tarjas y letras dedicatorias y alusivas, de muy bello gusto. Fuera de estos pusieron los indios á su modo mas de otros cincuenta, revestidos de yerba y flores olorosas y adornados de flamillas y gallardetes con varios colores, y de trecho en trecho algunos árboles con sus respectivas frutas, unas naturales, otras fingidas ó de cera ó de arcilla, y muchos pajariños, que atados con hilos largos, volaban con alegre inquietud entre las ramas. Las puertas, balcones y ventanas se adornaron con ricas tapicerías y varios doceles de oro y seda. La riqueza de los adornos, y el artificio y disposicion fué tal, que el Exmo. Sr. D. Martin Enriquez, despues de verlo todo muy espacio, dijo á los padres y señores que lo acompañaban, *que todo el poder del rey en las Indias no era capaz de aventajar lo que en la presente ocasion habia hecho la Compañía.*

A la mañana concurrieron á la catedral todo el clero y beneficiados comarcanos con sobrepellices, las religiones, los colegios y cofradías con sus diferentes insignias. Los dos cabildos, eclesiástico y secular, y el Sr. virey con el gravísimo senado de oidores, alcaldes de corte y demás ministros de real audiencia, toda la nobleza de la ciudad é innumerable pueblo. Ya todo se disponia á la marcha cuando repentinamente llegó á S. E. un correo de Veracruz con la noticia del feliz arribo de la flota á aquel puerto, y vuelto á los circunstantes, *ya co-*

menzamos, dijo, á experimentar el patrocinio de los santos. Y efectivamente, fuera de ser tan plausible esta nueva en México, lo era mucho mas en las circunstancias de estar tan entrado el invierno, y de ser el tiempo de nortes, á cuya violencia se temia que peligrasen los navíos sobre la costa. En accion de gracias se mandó luego entonar el *Te Deum* con universal regocijo que contribuyó no poco para hacer este dia de los mas bellos y festivos que ha tenido la América. Comenzó luego á ponerse en órden de concurso. Los diez y ocho relicarios llevaban otros tantos señores prebendados revestidos de riquísimos ornamentos, seguia con la *sagrada espina* D. Francisco Santos, tesorero de la santa Iglesia é inquisidor, electo despues obispo de la nueva Galicia. El Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, ocupado en la visita de su diócesis, no pudo hallarse á la funcion que habia sin duda autorizado gustosamente. Con este órden llegó la procesion al primer arco situado en aquel ángulo de la plaza que dá fin á las casas del marques del Valle, y donde desemboca la calle de Tacuba, alto de cincuenta piés y ancho de treinta y ocho. Era de órden toscano, con dos fachadas, una al Sur que miraba á la gran plaza, y otra al Norte ácia la calle de Santo Domingo. Tres hermosas portadas daban paso, dos colaterales y una en medio mas alta en un tercio: en el friso que miraba al Sur se veia la dedicatoria á S. Hipólito mártir, patron principal de esta ciudad, por haberse conquistado en su dia esta corte de la América. La reliquia de este insigne mártir, junto con otra que se venera en la Iglesia Catedral, marchaba la primera en un brazo de plata de dos tercias de alto. Al llegar la sagrada reliquia salió del arco una danza de jóvenes vestidos á la antigua mexicana, con mucha seda y hermoso plumage. Cantaron en alabanza del santo mártir en la lengua del pais, con metro castellano, algunos motes al compás de varias escaramusas que hicieron con mucho aire. Al fin de esta cuadra, en medio de las cuatro esquinas, estaba un magestuoso edificio que se elevaba sobre todas las azoteas en forma de trono, sobre treinta y dos piés de ancho, con cuatro frentes á otras tantas calles. En cuatro gradas se levantaban otras tantas columnas, histreadas de diez y seis piés, y órden jónico, que recibian cuatro aiosos arcos. Sobre estos corria al rededor un zoclo en que se leia la dedicatoria á los santos *Crispin* y *Crispiniano*, y sustentaba una hermosa cúpula que terminaba en un globo dorado y bellamente bruñido. En las cuatro esquinas se habian dispuesto unos doceles con vistosas tarjas y poesías en alabanza de aquellos ilustres már-

tires. Cuatro pinturas de su martirio adornaban las cuatro frentes del zoclo inferior, y dentro, en un altar riquísimamente adornado, se veían sus estatuas, y se colocaron también sus reliquias mientras se cantaba un villancico, se admiraba su hermosura y se tomaba aliento.

De este edificio volvió la procesion al Oriente por la calle que hoy llaman de los Cordovanes, adornada de ricos tapicés y paños de Flandes. Poco después del principio de la cuadra, que tiene de largo setecientos cincuenta piés, se entraba por tres portadas en una bóveda que corría por más de ciento y sesenta, toda curiosamente entretregida de flores y yerbas olorosas, y entre las ramas pendientes muchas frutas. Sobre los arcos de las portadas se veía graciosamente imitado un edificio rústico, y dentro los caciques y gobernadores indios con muchas banderas y gallardetes, y gran golpe de flautas, trompetas y clarines. Al pasar la procesion con varios artificios se desprendían de arriba innumerables flores, se abrían pomos con aguas olorosas, se soltaban pájaros, y brotaban entre la yerba mil juegos de agua diferentes. A los lados de la bóveda se veían muchas tarjas con pinturas y poesías alusivas al martirio de S. Juan Bautista, á quien estaba el arco dedicado. En medio de la cuadra estaba un altar magnífico, y se entraba luego en otro arco ó bóveda semejante á la primera que los caciques de *Chalco* y otras provincias habían adornado á competencia. Entróse siguiendo el mismo rumbo en otra cuadra que llaman hoy de *Montealegre*. Toda ella se veía llena de hermosos cuadros de muy bello pincel, y mucha tapicería de seda y oro. Al fin de ella habían erigido los vecinos otro arco de más de cincuenta piés de alto, sobre treinta y dos de ancho. Era de obra toscana fingido de ladrillo, excepto el cornijamento de piedra parda que hermoseaban algunas fajas plateadas. Era de tres órdenes de muy bella arquitectura. En el tercero, que era de tres arcos sobre el frontispicio del del medio, se leía la dedicatoria á la Virgen nuestra Señora y á su Santísima Madre y esposo. A uno y otro lado, dos corredores en forma de tribunas con balaustas doradas cerraban el paso y obligaban á volver ácia el Norte. En estas tribunas se hallan dos coros de música, y llegando allí las sagradas reliquias que venían á los dos lados del preste, ocho de nuestros estudiantes, ricamente vestidos, las recibieron y les dedicaron el arco con bellas poesías y danzas muy curiosas. Entre tanto en la cuadra que mira ácia donde ahora está el convento de religiosos carmelitas, á mano derecha el primer edificio, era el colegio seminario de S. Pedro y S. Pa-

blo. Esta calle aventajaba á todas las precedentes en la riqueza y gusto de sus adornos. Los seminaristas habían elegido en medio de ella el tercer arco dedicado á sus titulares los príncipes de los apóstoles. Era suntuosísimo, y tal, que cuantos lo vieron aquel día dijeron á una voz *no haber visto en la Europa cosa mas perfecta en este género.*

No ofrecía sino una sola entrada. El alto de todo el edificio era de setenta piés sobre cuarenta y ocho de ancho. Su color remedaba el del mármol, su fábrica de orden dórico, fuera de los balcones y pilastras que eran del rústico ó toscano, trabajadas de muchas fases á manera de brillantes. Sobre la cornisa del primer compartimiento estaban las estatuas de los doce apóstoles. El cornijamento de piedra parda con algunas fajas de oro, el claro del arco de en medio, era de quince piés y en proporción doble la altura. La frente del medio era compuesta de cuatro columnas y traspilastras de jaspe turquesado. En lo bajo de los pedestales algunos de los geroglíficos dorados de medio relieve.

En los intercolumnios dos encajamentos cuadrados con el frontispicio agudo, y en ellos las estatuas de los dos hermanos S. Pedro y S. Andrés. Sobre cada estatua una tarja hermosa, y dentro de su óvalo alguna sentencia á propósito que interpretaba un disticho latino en la repisa. A los lados, en unos medallones de carton plateado, se habían entretregido algunas sentencias en idioma y caracteres griegos y hebreos. Debajo de la cornisa corría un friso de carton dorado y bien bruñido en que se leía la dedicatoria. Sobre la cornisa de este primer orden subían el segundo y tercero en buena proporción, con varias letras, símbolos y pinturas. La fachada que miraba al Norte era en todo semejante á la primera, fuera de las sentencias, geroglíficos é imágenes. Todo terminaba en un vaso ó *copa de oro* muy grande, lleno de frutas y flores, y á sus lados dos ángeles. Al llegar las sagradas reliquias, unos niños bien aseados entonaron con voces suavísimas algunos motes alusivos á la solemnidad y al colegio. Detrás de un altar, á que hacia fondo un doceel de terciopelo verde bordado de oro, y de dos ventanas que se abrieron improvisamente á los dos lados del arco, salieron tres jóvenes con trage y hermosura de ángeles, que en verso heroico, representaron un coloquio muy acomodado á las circunstancias del día. Apenas acabaron estos doce seminaristas, vestidos todos de acero al uso de los antiguos romanos, y entretregidas muchas joyas, escaramuscaron un rato, haciendo al son de los instrumentos músicos

las evoluciones militares con una prontitud y gallardía, que fué muy aplaudida de todo el concurso. Jugaron despues un torneo quebrando lanzas y regando el aire y el suelo con pomos de aguas olorosas que lo llenaron todo de una suavísima fragancia. Acabó toda la estacion en una multitud de pajarillos de varios colores á que repentinamente se dió libertad de lo superior del arco.

Al fin de esta cuadra, donde hoy está la Iglesia del colegio, estaba cerrado el paso con un bosque hermoso. En una gruta que formaba en medio, nacia con bello artificio de una lámpara encendida, una fuente que arrojaba la agua muy alta. Los árboles del contorno estaban llenos de todas las especies de frutas propias del tiempo, y muchas otras remedadas, con algunos otros géneros comestibles que pendian de sus ramas. Volviendo á la derecha ácia el Oriente, se presentaba á la vista el cuarto arco, que á los santos doctores de la Iglesia, habia consagrado la juventud de nuestros estudios. Ocupaba su fábrica toda la anchura de la calle de mas de doce varas. El claro del medio era de doce piés, y diez y ocho de alto: cuatro pilastras, dos á cada lado sostenian un cornijamento jónico, sobre el cual se levantaban siete columnas dóricas con capiteles y cornisas corintias; en el friso se leia con letras de oro: *Domus sapientia*. Las columnas sostenian una especie de cúpula. En medio se veia un sol de oro muy bruñido con el santo nombre de Jesus, y en los intercolumnios sobre repisas voladas, estatuas de los cuatro doctores mayores de S. Buenaventura y Sto. Tomás, cuya reliquia venia en la procesion, y del místico y melífluo S. Bernardo, cuyo nombre tenia uno de nuestros Seminarios. Sobre la cúpula terminaba una estatua del Arcángel S. Miguel, á cuya sombra estaba otro de los colegios. Pasado este cuarto arco, y caminando ácia el Oriente, se llegó á la portería de nuestro colegio, que venia á corresponder, poco mas acá de donde está ahora la puerta reglar de S. Gregorio, donde está el general. Habíase fingido una portada muy alta, sustentada de dos pilastras, sobre la cornisa se veia un cuadro grande de bellissimo pincel, que representaba al Sumo Pontífice Gregorio XIII, dando á nuestro M. R. padre general el cofre de las santas reliquias, con esta letra: *In novan Hispanian*. Como sesenta pasos mas adelante se levantaba el quinto y último arco. Todo este espacio estaba de uno y otro lado enriquecido de muchas colgaduras, cuadros, emblemas é ingeniosas poesías. De las azoteas pendian los estandartes, banderas y pendones de innumerables pueblos, con sus respectivas armas.

Se consagró este arco á la *sagrada espina* y Cruz de nuestro Redentor †. Los geroglíficos, letras y pinturas, eran todas de la sagrada pasion. La fábrica era de orden jónico, fundada sobre cuatro pedestales de una vara en cuadro, y vara y media de alto. Sobre ellos se levantaban cuatro columnas istriadas, sin basas ni capiteles, que recibian tres arcos escarzanos. Por encima de sus claves corria un friso muy gallardo en que se leia la dedicacion, con la arquitrabe y cornisa, que como todo el arco, remedaban el jaspe turquesado con algunos perfiles de oro. Aquí se levantaba un frontispicio plano de doce piés en alto con hermosos símbolos y pinturas. Terminaban el edificio tres ángeles de ocho piés de alto cada uno con una insignia de la pasion. Al fin de la cuadra otro bosque muy natural impedia la salida, y en medio una fuente con pilar y taja de mármol, cuyas aguas despues de haberse levantado mucho al aire, formaban por ocultos conductos varios juegos de mucha diversion.

La Iglesia en la riqueza y disposicion de los adornos, excedia en mucho todo lo que hasta allí se habia visto. Celebró la misa el Sr. D. *Francisco Santos*, y predicó otro de los Sres. prebendados. Los tres dias siguientes fueron de altar y púlpito por su orden, las tres esclarecidas religiones, de Sto. Domingo, S. Francisco y S. Agustin. Los cuatro últimos hizo la casa. Los mas de ellos honró con su asistencia el Exmo. Sr. virey, real audiencia y tribunal de la fé. La capilla de la Catedral y toda la plata de esta Iglesia, sirvió en nuestro templo todos los dias de la octava.

Para las funciones de la tarde, se dispuso una especie de tabladós, y en medio un teatro levantado para las representaciones y coloquios. Los cuatro primeros dias hicieron por su orden los colegios Seminarios de S. Pedro y S. Pablo, S. Bernardo, S. Gregorio y S. Miguel. El quinto, los estudiantes seglares. El sexto, con innumerable concurso y aplauso, se leyeron las piezas de retórica y poesía sobre los asuntos que se habian señalado en los certámenes. Los jueces en un tribunal magestuosísimo, que se habia erigido á este fin, reconocieron las piezas y repartieron los premios. El sétimo dia, se representó la tragedia de *la Iglesia perseguida por Dioclesiano*; y el octavo, su triunfo, bajo el glorioso reinado de Constantino el Grande, con tanta propiedad y viveza, que encantado el pueblo, exclamó muchas veces al con-

† Esta santa espina se venera hoy en la Iglesia de la Profesa de México.